EUSEBIO DE CESAREA

VIDA DE CONSTANTINO

LIBRO III

1. Parangón entre la piedad de Constantino y el desafuero de los perseguidores.

2. Una vez más sobre la piedad de Constantino, que proclamaba con franqueza su fe en el signo de la cruz.
3. De su retrato, en el que la cruz sobremontaba su efigie, mientras el dragón quedaba hollado a sus pies.
4. Otra vez sobre las disputas en Egipto suscitadas por Arrio.
5. De la disensión en torno a la Pascua.
6. De qué manera dispuso que se celebrara un sínodo en Nicea.
7. Del sínodo ecuménico, en el que estuvieron presentes obispos de todas las provincias.
8. Que, como en los Hechos de los Apóstoles, se congregaron desde las diferentes provincias.
9. De la virtud y edad de los doscientos cincuenta obispos.
10. El sínodo en el palacio; Constantino, una vez hecha su entrada, se sentó en su compañía.
11. Silencio de la asamblea conciliar, tras haberles dirigido el obispo Eusebio una breve alocución.
12. Alocución de Constantino al sínodo sobre la paz.
13. De qué manera llevó al consenso a los obispos discrepantes.
14. Acuerdo unánime del sínodo sobre la fe y la Pascua.
15. De qué manera Constantino, con motivo de las Vicennalia, tomó parte en un banquete con los obispos.
16. Regalos a los obispos y cartas a todos.
17. Carta de Constantino a las iglesias sobre el sínodo de Nicea.
18. Consideraciones del mismo en torno al consenso sobre la festividad de la Pascua, y contra los judíos.
19. Exhortación a adecuarse al uso mayoritario de las provincias.
20. Exhortación a acatar los acuerdos del sínodo.
21. Invitación a los obispos que iniciaban el regreso sobre la concordia.
22. De qué manera despidió a unos, envió cartas a otros, y las distribuciones de dinero que hubo.
23. De qué manera escribió y exhortó a los egipcios sobre la paz.
24. Que también escribió a los obispos y a las gentes numerosas cartas con toda unción.

25. De qué manera ordenó construir un santuario en el santo lugar de la resurrección de nuestro Salvador en Jerusalén.
26. Que los ateos habían tenido oculto el divino monumento bajo cúmulos de tierra e ídolos.
27. De qué manera ordenó Constantino que el material idolátrico y la tierra removida fueran arrojadas lejos.
28. Descubrimiento del santo monumento.
29. De qué manera escribió a los gobernadores y al obispo Macario sobre la edificación del Santuario.
30. Carta de Constantino a Macario sobre la edificación del Santuario del Salvador.
31. Debía ser erigido como más bello que todas las iglesias existentes en el mundo, por los muros, las columnas y los mármoles.
32. No menos debía orientar a los gobernadores sobre la esbeltez de la bóveda y sobre los operarios y los materiales.
33. De qué manera fue construida la basílica del Salvador, la que se profetizó como Nueva Jerusalén.
34. Descripción de la edificación del santísimo monumento.
35. Descripción del atrio y de los pórticos.
36. Descripción de los muros del templo, y de la belleza y revestimiento de oro de su fábrica.
37. Descripción de la doble hilera porticada a ambos flancos, y de las tres poternas orientales.
38. Descripción del ábside hemisférico y de las doce columnas y crateras.
39. Descripción del patio, de las exedras y de los propíleos.
40. De la multitud de monumentos votivos.
41. De la edificación de las iglesias en Belén y en el Monte de los Olivos.
42. Que la emperatriz Elena, madre de Constantino, habiéndose presentado para orar, construyó estas iglesias.
43. Más sobre la iglesia de Belén.
44. Magnanimidad y benéfica largueza de Elena.
45. De qué manera Elena se recogía piadosamente en las iglesias.

46. De qué manera siendo octogenaria feneció, dictando su testamento.
47. De qué manera Constantino sepultó a su madre, y antes de esto la honró, cuando aún estaba con vida.
48. De qué manera edificó en la ciudad de Constantino (Constantinopla) un santuario y abolió toda traza de idolatría.
49. El signo de la cruz en el palacio y (la imagen de) Daniel en las fuentes.
50. Que construyó iglesias, tanto en Nicomedia como en otras ciudades.
De la iglesia erigida en Antioquía.
51. Que también dispuso que hubiera una iglesia en Mamré.
52. Carta de Constantino a Eusebio sobre Mamré.
53. Que el Salvador se le reveló allí mismo a Abrahán.
54. Derribo por doquier de templos idolátricos y estatuas.
55. Destrucción del templo idolátrico y su licencia en Afaca de la Fenicia.
56. Destrucción del templo de Asclepio en Aigai.
57. Cómo los paganos repudiando los ídolos tornaron al conocimiento de Dios.
58. De qué manera, una vez que demolió el templo de Afrodita en Heliópolis, edificó por primera vez una iglesia.
59. Sobre el tumulto en Antioquía por causa de Eustacio.
De qué manera Constantino escribió sobre estos hechos, en un afán de paz.
60. Carta de Constantino a los Antioquenos para que no apartaran a Eusebio de Cesarea, empero se buscaran a otro.
61. Carta de Constantino a Eusebio, elogiando el rechazo de Antioquía.
62. Carta de Constantino al sínodo, para que no apartaran de Cesarea a Eusebio.
63. De qué manera se esforzó por podar las herejías.
64. Edicto de Constantino contra los herejes.
65. De la incautación de los lugares de reunión de los herejes.
66. De qué manera, descubiertos en su poder libros ilegales, muchos de los herejes retornaron a la Iglesia Católica.

LIBRO III

Así fue como la envidia, que odia la bondad, celosa por los beneficios de la Iglesia, le causó tempestades y desórdenes internos, precisamente en una época de paz y contento. Entretanto el emperador, caro a Dios, en ningún momento hizo dejación de sus deberes, sino que actuando frontalmente contra las fechorías que osadamente había perpetrado poco antes la crueldad de los tiranos, sobrepúsose a todos los enemigos y adversarios. Por ejemplo, aquéllos coaccionaban, con todo género de coerciones, a rendir culto a los dioses que no existían, orillándose del que en verdad existe; el emperador, en cambio, inducía a reconocer al único Dios que es, demostrando de palabra y obra su inanidad a los que no son. Aquéllos ridiculizaban a Cristo, el hijo de Dios, con palabras blasfemas, él, por contra, se adhería al victorioso emblema¹ cuanto más redoblaban sus blasfemias contra él

los refractarios a Dios, y se jactaba del trofeo de la pasión. Aquéllos sometían a extrañamiento a los servidores de Dios, dejándoles sin casa ni hogar, él reclamaba a todos y los devolvía a sus lares familiares². Aquéllos cubrían de infamias, él hacía a todos dignos de respeto y envidiables. Aquéllos confiscaban contra todo derecho, al tiempo que arrebatában las vidas de la gente religiosa; él restituía prodigando los favores a raudales³. Aquéllos publicaban con decretos de su puño y letra <las delaciones> contra los obispos; él, al revés, enalteciéndolos y ensalzándolos con el honor de figurar a su lado, hacía a aquellos varones más relevantes con proclamaciones y leyes⁴. Aquéllos demolían desde los cementos las casas de oración, derribándolas de alto a bajo; él estableció por ley aumentar la altura de las que ya había, y erigir otras de nueva planta a magnífica escala, a expensas del mismo erario imperial⁵. Aquéllos dieron orden de dar pasto a las llamas y hacer desaparecer las inspiradas escrituras, él dispuso incrementar sus copias, empleando en su multiplicación, por cuenta del erario imperial, una lujosa encuadernación⁶. Aquéllos previnieron que bajo ningún concepto se atrevieran a celebrar sínodos de obispos; él convocó a su presencia a los de todas las naciones, y se honró de que entraran en palacio, se acercaran hasta las dependencias más íntimas del hogar real <y> fueran partícipes de la mesa

regia ⁷. Aquéllos veneraban a los demonios con votivas dedicciones; él puso al desnudo el error, distribuyendo con profusión a los que podían sacar de ello algún provecho el inservible material de votivas ofrendas ⁸. Aquéllos mandaban adornar con celo los templos de los dioses; él destruía desde la base aquellos que en particular más significaban a sus ⁶ supersticiosos adeptos ⁹. Aquéllos sometieron a los testigos ⁶ de Dios a los más execrables castigos; él perseguía a los que habían realizado esas prácticas corrigiéndolos con el castigo más acorde a la voluntad divina, y no se descuidaba en honrar la memoria de los santos mártires ¹⁰. Aquéllos expulsaron del palacio a hombres piadosos; él no cesaba de animar sobre todo a éstos, porque se daba cuenta de que ⁷ éstos le eran los más devotos y leales de todos. Aquéllos se hicieron ávidos de riqueza, infecta como estaba su alma por el mal de Tántalo; él, abriendo de par en par todas las cajas con liberalidad de rey, prodigaba dones con rica y longánime cura ¹¹. Aquéllos perpetraron crímenes sin cuento ni medida en busca de botín y en su afán por incautarse los bienes de las víctimas; por el contrario, durante todo el reinado de Constantino, toda espada colgó <como> ociosa al costado de los jueces ¹², al ser regidos los pueblos y los magistrados municipales más por la autoridad paterna que por los dictados ⁸ de la coacción ¹³. Cualquiera podría decir, seguramente, al ⁸ observar lo anterior, que, por lo que se veía, una vida nueva y de flamante cuño acababa de nacer, como quiera que una

luz maravillosa iluminaba a raudales, desde las tinieblas, al género humano, y que la totalidad de los hechos declaraban a favor de Dios como autor, que había propuesto al piadoso emperador como equilibrado contrapeso a la masa de los

2 1 impíos. Y es que, al haberse aquéllos revelado de una traza como nunca hubo precedente, y como tuvieran la osadía de cometer contra la Iglesia tropelías cuales jamás se habían oído desde el comienzo de los tiempos, el mismo Dios, en buena hora, al producir un hecho por entero prodigioso, por su intermedio realizó lo que nunca oído alguno pudo conocer,

2 ni visión alguna contemplar. ¿Y qué cosa más insólita <que> el portento de la virtud imperial, ofrecido por la sabiduría de Dios al linaje humano? Pues no cejó en llevar recado a todo el mundo, con total franqueza, de Cristo, hijo de Dios, sin esconder el salvífico apelativo, más bien ufanándose de su actuación. Él mismo se dio a conocer de un modo bien visible, ya imprimiendo su efigie en el emblema salvífico ¹⁴,

3 1 ya gloriándose del triunfal trofeo. <Cosa que> ¹⁵ pintada en una altísima tabla colocada en el vestíbulo imperial, hizo exponer para ofrecerlo a los ojos de todos, pues mandó reflejar en el cuadro el <signo> ¹⁶ salvífico apostado sobre su cabeza, y dar forma de dragón a la enemiga y perniciosa bestia que se precipitaba al abismo al haber acosado a la Iglesia de Dios, con el concurso de la impía tiranía ¹⁷. De

hecho, las escrituras, en los libros de los profetas de Dios, la llamaban dragón y tortuosa serpiente¹⁸. Por esta razón, el emperador quiso mostrar a todos, en la pintura encáustica, al dragón bajo sus pies y los de sus hijos traspasado por un dardo en la mitad de su cuerpo y arrojado al fondo recóndito de los abismos del mar; de esta forma simbolizaba al invisible enemigo del género humano, y daba a entender que esa fiera se despeñaba por los abismos de la perdición, en virtud del salvífico trofeo superpuesto a su cabeza. Variada gama de colores resaltaba en el cuadro esta alegoría. En cuanto a mí, el genio prodigioso del emperador me sobrecogió de estupor, pues por inspiración divina había entregado a la estampa aquello que las voces de los profetas proclamaban sobre ese monstruo, poco más o menos diciendo así: «Dios descargará la grande y terrible espada sobre el dragón, la serpiente tortuosa, sobre el dragón, la serpiente fugitiva, y matará al dragón del mar»¹⁹. El emperador entregó a la estampa imágenes de esto, con lo que sólo hizo imitar, con la pintura, a la verdad.

Con gran contento, pues, de su ánimo empleábase el emperador en tales ocupaciones, pero le inquietaba no poco todo aquel mundo de envidia y rencor que sacudía de modo estremecedor las iglesias de Dios establecidas en Alejandría²⁰, y el cismático absceso de la Tebaida y Egipto²¹,

cuando en cada ciudad obispos chocaban con obispos, se levantaban pueblos contra pueblos y poco faltó para no despedazarse unos contra otros con la virulencia de las pugnas²², de manera que, en la exasperación de su locura, aquellos desesperados se atrevieron a emprender acciones nefandas y a ultrajar las imágenes del emperador; mas con ello no consiguieron despertar en él la ira, sino un profundo sentimiento de tristeza en el alma, abrumado por el dolor que le causaba la estupidez de aquellos mentecatos.

5 1 Por cierto que también había, con anterioridad a estas penalidades, otra enojosísima dolencia, que desde hacía tiempo traía a maltraer a las iglesias: la discrepancia en torno a la festividad del Salvador²³. Algunos afirmaban que

era preciso seguir la costumbre judaica²⁴, otros sostenían, por el contrario, la conveniencia de atenerse a la exacta recurrencia del período²⁵, sin dejarse llevar por el error de acoplarse a los que están fuera de la gracia del Evangelio. Forzoso es que en un asunto como éste, desde mucho 2 tiempo atrás, todos los pueblos por doquier anduvieran divididos, y las divinas enseñanzas maltrechas, de suerte que el diferente criterio en la determinación de la fecha de esta única y misma festividad provocaba la máxima disparidad entre los celebrantes, pues, mientras unos se ejercitaban en ayunos y mortificaciones, otros dedicaban su ocio al recreo; y nadie era capaz de encontrar un remedio al mal, entablada como estaba la discusión, entre las partes contendientes, en equilibrado empate. Ciertamente, sólo para el Dios omnipotente era fácil sanar incluso este mal, y entre los mortales, sólo Constantino dio muestras de ser su servidor en la prosecución de beneficios. Éste, tan pronto se enteró de cuanto antes se 3 ha relatado, y cuando advirtió que la carta por él enviada a los alejandrinos no había surtido el efecto esperado, recurriendo al vigor de su inteligencia, proclamó solemnemente la necesidad imperiosa de embarcarse en un nuevo combate contra el enemigo invisible que estaba trastornando la Iglesia.

Acto seguido y con la intención del que coloca estratégicamente en combate contra aquel adversario el batallón de Dios, procedió a convocar un concilio ecuménico y con 1 6

cartas expresivas de la alta consideración que le merecían invitaba a los obispos a acelerar su venida desde cualquier lugar. La orden por cierto no era tan fácil de cumplir, pero coadyuvó a su ejecución la voluntad decidida del emperador, ofreciendo a unos la posibilidad del servicio público de postas, y a otros la total disponibilidad de animales de carga²⁶. Se eligió también una ciudad apropiada para el concilio, con un nombre que significaba victoria, Nicea, en la provincia bitinia²⁷. En cuanto se hizo del dominio general la misiva, todos con alacridad suma pusieron en marcha, como si arrancaran de una misma línea de salida²⁸. Los atraía efectivamente la esperanza ilusionada del bien, la participación en la paz, y el espectáculo de un hecho portentoso, el de un tan gran emperador. Nada más congregarse todos, ya pudo verse con claridad que lo sucedido era obra de Dios. Pues estaban reunidos para lo mismo hombres que no sólo diferían paladinamente entre sí en mentalidad, sino en características corporales, en países, regiones y lugares de origen, y una sola ciudad recibía a todos²⁹. Era de ver

aquella impresionante guirnalda de sacerdotes como si estuviera aderezada con las flores más sazonadas³⁰.

Se reunieron, pues, en el mismo lugar las cúpulas del divino sacerdocio de todas las iglesias que ocupaban toda la Europa³¹, la Libia y Asia, a la par que un solo y sacro edificio, como expandiéndose por la acción divina, daba cabida en su interior y al mismo tiempo a sirios y cilicios, fenicios, árabes y palestinos; y además a egipcios, tebanos, libios y cuantos habían partido desde el medio de los ríos³². También estaba presente en el sínodo el obispo de Persia, y ni el de Sicilia se ahorró el viaje; el Ponto y la Galacia,

Capadocia y Asia, Frigia y Panfilia aportaron su gente más relevante. Pero si hasta los tracios y macedonios, aqueos y epirotas, y los que de ellos habitan los enclaves aún más remotos hicieron acto de presencia, y de entre los hispanos participó en las sesiones, a una con los demás, aquel que de
2 manera inconcusa gozaba del máximo renombre³³. Quedóse atrás, por su vejez, el obispo de la ciudad imperial³⁴, pero sus presbíteros³⁵, que estuvieron presentes, ocuparon su puesto. Desde el origen de los tiempos, sólo uno, el emperador Constantino, precintó para Cristo una corona semejante con el vínculo de la paz, ofreciéndosela a su Salvador cual signo magnífico de reconocimiento por la victoria sobre los adversarios y enemigos, exhibiendo en nuestros días esa imagen del coro apostólico.

8 Fama es, en efecto, que en tiempo de los apóstoles se congregaron «hombres religiosos» «de toda nación bajo el sol»³⁶, entre los que se encontraban «partos, medos, elamitas y los que habitan la Mesopotamia, la Judea y Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia y la Panfilia, Egipto y las zonas de la Libia en torno a Cirene, así como los peregrinos romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes»³⁷. Mas con una salvedad: a aquéllos les faltaba el pertenecer todos y cada uno de ellos al orden sacerdotal. Por el contrario, en la procesión presente, la cuantía de los obispos superaba la cifra de doscientos cincuenta, y era imposible calcular el cómputo de los presbíteros, diáconos <y> acólitos sin cuento que conformaban el séquito de aquéllos.

Entre los ministros de Dios los había que destacaban por su sabiduría, otros por la sólida gravedad de su vida y la tenacidad de su firmeza³⁸; otros se ornaban con un temperamento equilibrado. Los había también venerables por su longevidad, otros espléndidos por su juventud y el sazonado vigor de su espíritu, y los que recientemente habían iniciado la carrera del sacerdocio. Para todos ellos había ordenado el emperador que día a día se les surtiera copiosamente de alimento.

Tras determinarse la fecha para la apertura del sínodo³⁹, en el que se debía afrontar una solución a los puntos controvertidos, una vez que hizo cada uno, en posesión de su personal fórmula resolutoria⁴⁰, acto de presencia, efectuaron los convocados sus ingreso en la sala central del palacio imperial⁴¹, que en amplitud aventajaba netamente a las demás, y habiéndose instalado por orden unos bancos a ambos

costados de la sala, todos fueron ocupando sus asientos
2 según jerarquía. Cuando se hubo sentado toda la asamblea
en decente concierto, el silencio se apoderó de la concurrencia,
a la espera de que apareciera el emperador: hizo su entrada
un primero de su escolta, después un segundo, y un tercero.
Precedieron su llegada otros que no eran los soldados y
3 lanceros de rigor, sino sólo los amigos fieles. Poniéndose
todos en pie a una señal, que indicaba la entrada del emperador,
avanzó éste al fin por en medio, cual celeste mensajero
de Dios, reluciendo en una coruscante veste como con centelleos
de luz, relumbrando con los fúlgidos rayos de la púrpura, y adornado
con el lustre límpido del oro y las
4 piedras preciosas. Esto, en cuanto a su cuerpo. En cuanto a
su alma, era patente que estaba engalanado con el temor a Dios
y la fe. Dejaban esto entrever los ojos dirigidos hacia abajo,
el rubor de su semblante, el compás de sus andares y el tenor en
general de su porte, la estatura que se sobreponía a la de todos
cuantos le daban escolta (...) ⁴² y por la belleza de la flor de su
edad, y por el vigor magnífico que emanaba de su prestancia física
y de su indomable energía, lo cual, combinado con lo ponderado
de su modo de ser y la suavidad de su regia sensibilidad, ponía de
manifiesto la incomparable
5 rareza de su alma mejor que cualquier paráfrasis. Cuando llegó al
lugar principal donde comenzaban las ringleras de asientos,
mantúvose en medio de pie; puesto a su disposición un pequeño
sitial fabricado de oro macizo ⁴³, se sentó, no sin

antes haber hecho una señal a los obispos. Con el emperador, todos hicieron lo mismo ⁴⁴.

Levantóse entonces de entre los obispos el que figuraba primero en la ringlera derecha, y pronunció un ajustado discurso, dirigiéndolo al emperador y componiendo por medio de él un himno de agradecimiento al Dios soberano ⁴⁵. Cuando se sentó, se hizo el silencio, y todos clavaron fijamente la mirada en el emperador; él, con ojos radiantes, miró serenamente a todos, y concentrándose, con voz tranquila y suave, pronunció el discurso que sigue ⁴⁶:

12 1 Ha constituido el fin de mi súplica, oh carísimos,
gozar de vuestra presencia, y al haberlo conseguido, sé
de veras que debo rendir gracias al rey universal,
porque para colmo de otros dones me ha otorgado el
ver ése, que es superior con creces a todo bien, esto es,
2 acogeros a todos aquí juntos y contemplar el sentir
común y concorde de todos. Que no dañe, pues, una
pérfida envidia los bienes que disfrutamos, y que el
maligno demonio, una vez terminada con el poder del
Divino Salvador la guerra antidivina suscitada por los
tiranos, no cubra de insultantes calumnias, por otras
vías, la ley divina. A mi manera de ver, tengo la
perturbación interna de la Iglesia de Dios por más
dura que cualquiera guerra y que cualquier <terrible>
3 combate, y este asunto está tomando un cariz mucho
más nocivo que los asuntos del exterior. Cuando me
levanté con la victoria sobre los enemigos, por la
aquiescencia y concurso del Omnipotente <desde
luego>⁴⁷, pensé que no quedaba otra cosa que rendir
gracias a Dios, y exultar de mancomún con todos los
liberados <por> él, a través de mí. Pero cuando fui
informado de vuestra disensión más allá de lo que
cabía esperar, no relegué a un segundo plano lo que se
me estaba refiriendo, al contrario, sin vacilación mandé
llamar a todos, emitiendo votos, para que este asunto

adquiriera un remedio mediante mis servicios. Y me ⁴
gozo de ver vuestro comicio, mas sólo entonces juzgaré
que he actuado eficazmente conforme a mis oraciones
cuando vea a todos anímicamente fundidos en un
único y comunal espíritu de identidad y de paz; y sería
muy propio de vosotros, gente consagrada a Dios, el
pregonar ese espíritu a los demás. Así pues, carísimos
sacerdotes de Dios y fieles ministros de nuestro común
señor y salvador de todos, no dudéis en dar comienzo
desde ahora mismo al planteamiento franco de los
motivos de la disputa entre vosotros, ni en desatar
toda la compleja madeja de controversias, según las
leyes de la paz. Pues de este modo habríais realizado
lo más grato a Dios omnipotente, y a mí, vuestro
consiervo, me rendiríais un favor sobremanera grande.

Después de pronunciar estas palabras en lengua latina, y ¹ ¹³
tras haberlas traducido un intérprete al griego, dio la palabra
a los presidentes del sínodo ⁴⁸. Nada más dársela, unos em-

pezaron a esgrimir acusaciones contra los que estaban al lado; éstos, a su vez, se disculpaban y arremetían en reproches. Muchísimas cosas eran <en verdad> las que se planteaban por cada contrincante y formidable la contienda que se produjo desde el principio. El emperador escuchaba resignadamente a todos y recibía las propuestas con diligente atención; aceptando parcialmente la tesis de cada bando, iba sin sentir reconciliando a los arriscados contendientes. Como quiera que conversara afablemente con cada uno y usara la lengua griega, porque tampoco de ella era ignorante, revelóse en él un tipo de hombre dulce y agradable, ya cuando <persuadía> a unos, ya cuando doblegaba a otros con su palabra, ya cuando alababa a otros por felices intervenciones, ya encauzando a todos hasta posiciones de unanimidad, hasta que, por fin, los puso de acuerdo y conformes en todos los temas sujetos a examen, de manera que prevaleciera una fe concorde⁴⁹, y se aceptara la misma fecha para todos de la

festividad de la Salvación⁵⁰. Los acuerdos adoptados en común se ratificaron por escrito y con la firma de cada uno⁵¹. Hecho lo cual, el emperador ordenó celebrar una fiesta de triunfal agradecimiento a Dios, porque sostenía que era ésta la segunda victoria que había obtenido contra el enemigo de la Iglesia.

Por el mismo tiempo, se le cumplió el vigésimo aniversario 1 15 de su subida al imperio⁵². Mientras que en las restantes regiones se llevaban a cabo celebraciones públicas, el emperador en persona presidió un banquete en homenaje de los ministros de Dios, y el hecho de comportarse como un comensal más con los que habían hecho las paces, era como si rindiera, a través de ellos, este adecuado sacrificio a Dios. Y no faltó ningún obispo al festín imperial⁵³. El evento 2 resultó de una grandiosidad superior a cualquier intento de descripción: doríforos y hoplitas, con las hojas de sus espadas desenvainadas⁵⁴, en círculo, velaban en guardia los accesos al palacio, por en medio de ellos, pasaban libres de temor los hombres de Dios, y se internaban en lo más íntimo de la mansión. Después, mientras algunos se tendían junto <a él>⁵⁵, otros se recostaron en los lechos de madera, instalados

a ambos costados. Uno podría imaginarse que se estaba representando una imagen del reino de Cristo, y que lo que estaba ocurriendo «un sueño era, que no la realidad»⁵⁶.

16 Tras concluir de modo tan brillante el festín, todavía añadió esto el emperador, mientras saludaba a los presentes: el honrar, con magnanimidad, a cada uno con sus dádivas personales, según la clasificación del rango. A los que no estuvieran presentes en este sínodo, dioles noticia por medio de una carta personal, carta que, como en columna votiva, voy a incluir en este discurso sobre él, siendo así su traza⁵⁷:

17 1 Constantino Emperador a las iglesias.

Como quiera haya podido constatar, por la prosperidad del estado, cuánta haya sido la gracia del poder divino, antes que cualquier otra cosa juzgué que éste era el objetivo que más convenía: preservar entre las dichosísimas masas de la Iglesia Católica una sola fe, una caridad pura y un culto unánime al Dios omnipotente. Ahora bien, dado que este objetivo no habría podido realizarse de un modo estable y sólido sin que

2

se hubiesen reunido todos los obispos, o la mayor parte de ellos, en el mismo lugar y con el mismo fin, para proceder al examen de cada uno de los temas que conciernen a la santísima religión, congregando por este motivo el mayor número posible de obispos (también yo a la sazón he estado presente como uno de vosotros. Nunca habría podido hurtarme a ser aquello de lo que yo más me gozo: vuestro consiervo), todas las cuestiones se han sometido a una adecuada indagación, hasta tanto no saliera a la luz el común sentir de todos, grato a Dios providente, en aras de la unánime unidad, de suerte que ya no ha lugar alguno para el disentimiento o la controversia en lo tocante a la fe.

Ya entonces, cuando se llevó a cabo una investigación 18 en torno al día santísimo de la Pascua, fue común decisión la conveniencia de que todos por doquier guardaran la misma fecha. Pues, ¿qué cosa podría resultar para nosotros más bella, qué más venerable en comparación con el guardar esa fiesta, de la que hemos recibido la esperanza de la inmortalidad, de conformidad con un único ordenamiento y un claro sentido, sin flaquear? En primer lugar, pareció que era 2 indignante que se cumpliera con esa santísima festividad siguiendo la práctica de los judíos, quienes al haber manchado sus manos con nefando crimen, forzosamente han de tener, los desgraciados, ensombrecidas sus almas. Dejando a su suerte este pueblo, en nuestra mano está el prolongar hasta los tiempos venideros la observancia de este ordenamiento, según una prescripción más veraz que hemos conservado intacta desde el primer día de la pasión hasta el presente. Por tanto, no tengáis nada en común con esa detestable chusma judaica; pues otra es la vía que hemos recibido del 3 Salvador, nuestra sacratísima religión dispone de todo un legítimo y apropiado historial. Aferrados a él en total comunión, abstraigámonos, estimadísimos her-

manos, de aquella su abyecta conciencia⁵⁸. Pues es, de verdad, del todo absurdo que anden aquellos vanagloriándose del hecho de que, sin participar en su doctrina, no seamos capaces de guardar esa festividad. Pero, ¿qué podrán pensar de recto aquellos que, tras aquel asesinato del Salvador, aquel asesinato del Padre⁵⁹, alienados de sus mentes, se ven arrastrados, no por la razón, sino por el instinto irrefrenable, allí donde los lleve su locura innata? De ahí, en efecto, que incluso en este punto no vean la realidad, hasta el punto de que, totalmente descarriados, en vez de rectificar como es debido, celebran la Pascua en el mismo año dos veces. ¿Por qué seguir a aquellos de quienes se afirma estar aquejados de delirio tremendo? Nunca podríamos tolerar el celebrar la Pascua dos veces en el mismo año. Pero, aun suponiendo que esto no estuviera suficientemente claro, era preciso que aplicarais vuestra sagacidad⁶⁰, ayudados del esfuerzo y la oración, para que la pureza de vuestra alma se exteriorice sin tener ningún viso de similitud con los usos de los hombres infames.

<Junto> a esto, procede también considerar otra cuestión: resulta del todo ilícito que en una materia de tal trascendencia, como es una festividad así de la religión, siga subsistiendo la discrepancia. Pues uno es el día de nuestra libertad, es decir, de la Pasión del Santísimo, que nos ha dado nuestro Salvador, y una

ha querido que sea su Iglesia Católica, cuyos miembros, aunque estén sobremanera repartidos por numerosos y diferentes lugares, se sienten, no obstante, caldeados por (un solo) espíritu, a saber, la voluntad divina. Pare mientes la perspicuidad de vuestras santidades 6 en qué grave dislate es que por las mismas fechas unos vaguen a sus ayunos, mientras otros sigan celebrando banquetes, y que en los días ulteriores a la Pascua, unos anden ocupados en fiestas y diversiones, al tiempo que otros hállanse entregados a la abstinencia de rigor. Ésta, pues, es la razón por la que la divina providencia quiere que se produzca la debida rectificación, y que se llegue a un único ordenamiento, como creo que todos lo veis.

Según esto, al ser imperioso rectificar esa situación, 1 19 de modo que no haya la menor concomitancia con el pueblo de aquellos parricidas y homicidas del Señor; dado que, también, es apropiada aquella normativa que observan todas las iglesias de las regiones occidentales, meridionales y septentrionales, así como algunos de los términos orientales, por este motivo, todos han considerado que en la presente circunstancia era oportuno adoptar la resolución, y yo mismo prometí dar satisfacción a vuestra perspicacia, en la esperanza de que vuestra inteligencia aceptará de buen grado aquello que con unánime y unísono sentir se practica en la ciudad de Roma, en Italia, en toda África, Egipto, las Españas, Galia, Bretaña, Libia, toda Grecia, las diócesis asiática, pónica y Cilicia. Debe vuestra inteligencia comprender que no sólo es superior el número de las iglesias en las regiones antes mencionadas, sino también que es con mucho lo más justo que todos de consuno quieran lo que la estricta razón parece demandar y que no mantiene ningún relato con el perjurio judaico.

Para resumir lo más capital, plugo al común parecer 2

de todos celebrar la santísima festividad de la Pascua en un único y mismo día. Conviene, pues, que no se dé ninguna discordancia en asunto de tanta santidad, y es mejor seguir aquella opinión en la que no quepa aleación alguna con el desvarío y error ajenos.

20 1 Siendo esto, pues, así, aceptad gustosamente la gracia celestial y el precepto verdaderamente divino. Pues todo <lo que> se resuelve en las santas asambleas de
2 los obispos tiene referencia a la voluntad divina. Por ello, tras divulgar entre todos los amados hermanos vuestros lo que se acaba de relatar, estáis obligados de ahora en adelante a adoptar y mandar cumplir el informe antes mencionado y la observancia del santísimo día, para que cuando llegue a la presencia de vuestra caridad, que desde hace tanto tiempo añoro, pueda con vosotros celebrar en un solo y mismo día la santa festividad, y por todo ello me congratularé con vosotros de ver la diabólica saña extirpada por el poder divino a través de <nuestras> acciones, mientras crece por doquier en toda su pujanza nuestra fe, la paz y la concordia.

Que Dios os guarde, dilectos hermanos.

3 De esta carta despachó el emperador copia autorizada⁶¹ a cada provincia, dando a los que emprendieran su lectura la ocasión de ver en ella como en un espejo lo más puro de sus pensamientos sobre su religiosidad para con Dios.

21 1 Cuando ya iba a terminarse el sínodo, dio un discurso de despedida a los obispos, tras haberlos invitado a todos en un día determinado⁶². Una vez juntos, los exhortó a mantener

la paz mutua con el máximo denuedo, a soslayar las trifulcas pependencieras, a no sentir envidia si alguno sobresalía entre los obispos en razón de su sabiduría, por el contrario, considerar un patrimonio común la valía de uno solo; incitó también a que los de superior personalidad no se ensoberbecieran frente a los más modestos, pues de Dios es el juzgar los que de verdad son superiores; en cambio, convenía condescender al rasero de los más débiles con indulgente comprensión, pues es raro alcanzar en todo orden la perfección. Por ello, es menester a los que mutuamente tropiezan en 2 menudencias disculparse, mostrarse caridad, y perdonarse todas las debilidades de la naturaleza humana, sabiendo apreciar todos el valor de la unísona armonía; no sea que, estando en recíprocas discordias, se brinde un motivo de burla a los que están listos para cubrir de ultrajes⁶³ la ley divina; siendo éstos de los que en general más necesidad hay de preocuparse, porque pueden salvarse con tal que nuestro comportamiento les parezca sugestivo; y por lo demás, es preciso no desconocer que no a todos surte igual efecto el gran beneficio de las palabras. Pues hay gente que se contenta 3 con ganarse el sustento, o que acostumbra a refugiarse bajo patronazgos; la hay que cobra afecto a los que la acogen con hospitalidad, y no falta quien ame al verse honrado con regalos; que son escasos los amantes de las palabras veraces y raro el amigo de la verdad. Por lo tanto, era preciso, afirmaba, adaptarse a todos, proporcionando a cada uno, a la manera del médico, lo que le resultase provechoso, de

modo que desde cualquier instancia sea honrada la salvífica doctrina por todos.

4 Así exhortaba en la parte principal del discurso; al final, les encareció a que insistieran con todo ahínco en sus oraciones a Dios por él. Tras haberse despedido de ellos, dioles licencia a todos para que regresaran a sus sedes respectivas. Su camino de vuelta lo hicieron con regocijo, y desde entonces preponderó en todos un solo sentir en sintonía con el emperador, fundiéndose en un solo cuerpo los que desde hacía mucho tiempo se habían mantenido segregados.

22 El emperador, exultante por el feliz logro, dio, por medio epistolar, sazonado fruto a los que no asistieron al sínodo, y ordenó copiosos repartos de dinero en favor de todas las poblaciones, tanto rurales como urbanas: ésta era la forma como celebraba la solemnidad de su vigésimo aniversario imperial⁶⁴.

23 Pero, mientras todos habían hecho las paces, sólo entre los egipcios persistía la irrestañable disensión, hasta el extremo de incomodar una vez más al emperador, que no hasta desatar su ira⁶⁵. Tratándolos con toda consideración como a

padres, más aún, como a profetas de Dios, los convocó por segunda vez⁶⁶, y otra vez medió como árbitro entre ellos con sufrida paciencia, otra vez los honró con dádivas; después hizo públicos los acuerdos por una carta, y convalidó, sancionándolas, las resoluciones sinodales. Y los exhortaba a mantenerse en la concordia, a no desgarrar y fragmentar la Iglesia, y a tener fijo en la mente el recuerdo del juicio divino. Esto es lo que dejó el emperador escrito en carta personal⁶⁷.

24 1 Por lo demás, Constantino redactó otros muchos documentos del mismo género, e innumerables fueron las cartas que mandó divulgar, una parte de ellas encomendando a los obispos cosas provechosas para las iglesias de Dios, mas también se dirigía a las mismas multitudes, llamando aquel tres veces bienaventurado a los miembros de las iglesias sus
2 hermanos y consiervos⁶⁸. Tal vez haya tiempo en el futuro de coleccionar estos escritos en un volumen aparte⁶⁹, para no andar interrumpiendo a cada paso el cuerpo de la presente historia⁷⁰.

25 En esta situación, el emperador caro a Dios promovió en la provincia de Palestina otra empresa de la máxima relevancia, <digna> de ser rememorada. ¿Cuál era ésta? Se le ocurrió pensar que era su deber hacer que el benditísimo lugar de la resurrección del Salvador en Jerusalén llegara a ser eximio y venerable⁷¹. Al punto, pues, ordenó construir un edificio dedicado a la oración⁷², concibiendo el proyecto

no sin el concurso divino, antes bien, inducido por el mismo espíritu del Salvador⁷³. Otrora hombres impíos, mejor aún, 1 26 toda la casta demoníaca a través de éstos, pusieron todo su afán en entregar a la sombra y al olvido aquel monumento maravilloso de la inmortalidad, cabe el cual «centelleando luz el ángel que había bajado del cielo hizo rodar la piedra»⁷⁴ de los que tienen empedernidas sus mentes, y conjeturaban que «el que está vivo, aún está con los muertos»⁷⁵; y dando

la buena nueva a las mujeres, removi6 la piedra de la incredulidad que oprimía su mente, para dar entrada a la convicción de que vivía aquel a quien buscaban. Efectivamente, hombres descreídos y profanos concibieron la idea de hacer desaparecer de entre los hombres aquel antro redentor, opinando con mentalidad estúpida que de esa manera quedaba oculta la verdad. Y tomándose un gran esfuerzo, cubren todo el lugar con tierra que han acarreado de otra parte ajena al sitio; posteriormente, una vez elevado el nivel del suelo y tras pavimentarlo con piedra, esconden, bajo tan gran túmulo, la gruta divina. Después, como si nada ya les quedara por hacer, sobre aquel terreno edifican un sepulcro verdaderamente espeluznante, dedicado a las almas de sus ídolos, que son cadáveres, y construyen un oscuro compartimento al disoluto espíritu de Afrodita, donde ofrecían execrables oblacones sobre profanos altares merecedores de maldición. Que sólo así, y no de otro modo, pensaban que su empresa iba a tener éxito, tapando la salvífica cueva con tan malditas inmundicias. Esos desgraciados no podían comprender la imposibilidad de que quien se vio coronado con la victoria sobre la muerte dejara oculta la hazaña, como igualmente imposible es que el sol, una vez que ha aparecido sobre la tierra y emprende su carrera habitual cabalgando sobre el firmamento, brille sin que se entere de ello toda la población humana. Pues bien, con preeminente diferencia sobre éste, el poder redentor, al irradiar las almas de los humanos, que no sus cuerpos, henchía el universo todo con los fulgores de su luz.

No obstante, largo lapso de tiempo duraron las artimañas de los impíos y sacrílegos contra la verdad, y no se encontró a nadie entre los jefes, los generales y los mismos reyes de entonces con capacidad para dar al traste con tanto atrevimiento, a excepción de uno solo, el amigo del Dios univer-

sal⁷⁶. Sin embargo, por divino espíritu no consintió que ese 6
recinto mismo que acaba de mostrarse siguiera soterrado
por toda suerte de material inmundo, acopiado fraudulentamente por los enemigos, y entregado al olvido y la ignorancia; tampoco transigió con la maldad de los culpables, antes invocando a Dios como su valedor, dicta la orden de limpiar aquella área, en la idea de que aquella parte especialmente contaminada por los enemigos debía, por su intervención, disfrutar de la magnificencia divina⁷⁷. Nada más dictarse la 7
orden, todos los armatostes de la confusión fueron derribados y destrozados con todas sus estatuas de divinidades. No se 27
detuvo sólo en esto la muestra de su celo, sino que una vez más ordena que los materiales de derribo, de piedra y madera, sean recogidos y arrojados lo más lejos posible de la comarca. La ejecución siguió inmediatamente a la orden. Y no le bastó tampoco haber llegado hasta ahí; de nuevo acuciado por la divinidad, dispone que, excavado el lugar a gran profundidad, sea transportado el mismo suelo con toda su tierra removida por la excavación al sitio más distante posible, por estar contaminado con los demoníacos sacrificios. También esto se ejecutó sin dilación. Cuando, un estrato tras 28
otro, apareció en el fondo el primitivo solar del terreno, contra toda esperanza ofrecióse a la vista el santo y venerable santuario de la resurrección del Salvador, y la cueva, santa (en verdad) donde las haya⁷⁸, recobró el mismo aspecto de

cuando resucitó el Salvador. Por ello, tras su ocaso en las tinieblas, nuevamente salió a la luz, y a cuantos llegaban a visitarla les permitía ver la incontrovertible historia de los maravillosos hechos ahí acaecidos, <atestiguando> con obras más resonantes que cualquier voz la resurrección del Salvador.

- 29 1 En cuanto se hubo llevado a efecto lo anterior, el emperador ordena con piadosos instrumentos legales y generosos recursos dinerarios erigir junto a la salvífica cueva un oratorio digno de Dios y con rica e imperial munificencia. Hacía mucho tiempo que había proyectado esta operación, y tenía previsto con inteligencia superior lo que iba a hacerse realidad.
- 2 Mandó a los gobernadores de las naciones del levante que hicieran resaltar, a fuerza de emplear ingentes capitales sin restricción, el carácter extraordinario, grandioso y opulento de la obra, y al obispo que por entonces estaba al frente de la comunidad de Jerusalén envió un escrito, por el que, con claro lenguaje, dejaba ver el amor de su alma a Dios, y la pureza de su fe en el salvífico verbo, expresándose en estos términos⁷⁹:

El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Ma- 1 30
cario.

Es tan grande la gracia de nuestro Salvador, que cualquier dispendio retórico resulta manifiestamente inadecuado al actual prodigio. Pues supera, en verdad, todo estupor el hecho de que el monumento de aquella santísima pasión, de antiguo oculto bajo tierra, no haya sido advertido durante larguísimos períodos de años, hasta que otra vez se ha puesto a brillar ante sus fieles servidores, liberados tras la eliminación del común enemigo de todos⁸⁰. Y si todos los que parece que son 2 los más sabios del género humano se reunieran en un mismo lugar con la intención de expresar algo digno de lo ocurrido, ni en mínimo grado podrían aspirar a lograrlo. La credibilidad de este milagro trasciende la capacidad natural del intelecto humano en la misma medida en que lo celestial es substancialmente superior a lo humano. Por ende, constituye siempre para mí el 3 primer y único objetivo que, dado que día a día la fe en la verdad se manifiesta por prodigios siempre renovados, así también las almas de todos nosotros vayan haciéndose, con toda sobriedad e intención unánime, más fervorosas de la santa doctrina. <Por tanto>, quiero persuadir<te> sobre todo de aquello que considero que es lo más claro para todos, a saber: es para mí de la mayor importancia adornar con bellos edificios aquel sagrado lugar que por divino designio he desembarazado del <bochornoso apósito>⁸¹ de un ídolo,

como si se tratara de una carga opresiva, un lugar que ha sido santo desde el principio por sentencia divina, pero que se ha revelado más santo aún desde el instante en que se sacó a la luz la fe en la pasión del Salvador.

31 1 Es preciso, en consecuencia, que tu solicitud disponga y provea de toda cosa necesaria, de tal modo que la basilica no sólo resulte mejor que las de otro sitio, sino también las restantes partes del conjunto se configuren de tal manera que todo lo que pueda haber de eximia belleza en cualesquiera urbes sea derrotado en parangón con esta construcción. Date por enterado de que he encomendado el cuidado de erigir y decorar los muros a nuestro amigo Draciliano, que ocupa el ilustrísimo cargo de <prefecto pretorio>⁸², y al gobernador de la provincia. Mi piedad ha tenido a bien dictarles que sean rápidamente enviados, a su cuenta, artesanos, operarios y todo cuanto tu perspicacia les advierta que es eventualmente necesario para la edificación. Por lo que toca a las columnas⁸³ y los mármoles que a tu juicio sean los más apreciados y útiles, una vez que los hayas examinado en persona, date prisa en escribirnos, para que puedan ser transportados desde cualquier punto, en cuanto sepamos por tu carta la calidad y cantidad exigida de los mismos; pues justo es que el lugar más admirable del universo descuelle por su ornato como se merece. En lo que se refiere a la bóveda, quiero saber por tu boca si piensas que debe ser de cuarterones, o de cualquier otro tipo ornamental, porque si va a ser de cuarterones, podría

2

32 1

revestírsela de oro⁸⁴. Por lo demás, debe tu santidad 2
con la mayor urgencia poner en conocimiento de los
anteriormente citados la cantidad de operarios y arte-
sanos, así como el monto de los gastos que se precisan,
y deberá informármeme a mí sin ninguna demora no
sólo sobre los mármoles y las columnas, sino también
sobre los cuarterones de la bóveda, en caso de que
esto sea lo que juzgues más bello.

Dios te guarde, dilecto hermano.

Esto es lo que escribía el emperador⁸⁵. Las órdenes, con 1 33
sólo dictarse, se convertían en hechos, y así, en el mismo
santuario de la salvación se construyó la nueva Jerusalén⁸⁶,
réplica de aquella, ya de antiguo celeberrima, que, tras
haberse maculado con el asesinato del Salvador, experimentó
la desolación extrema, pagando así el congruo tributo que
sus moradores merecían. Frente a ella el emperador elevó a 2
las alturas un monumento a la salvífica victoria contra la

muerte con rica y ambiciosa prodigalidad, siendo quizás ésta la segunda y novísima Jerusalén anunciada por los proféticos oráculos, en torno a la cual son innumerables las alabanzas en que exultan las escrituras que profetizan por inspiración divina. Y, lo primero de todo, adornó la sagrada 3 cueva como origen capital de todo; un monumento henchido de perenne remembranza, receptáculo de los trofeos ganados por nuestro gran Salvador contra la muerte, un monumento extraordinario, junto al cual, un día, un ángel de relampagueante luz dio a todos la buena nueva de la regeneración⁸⁷ revelada por el Salvador.

34 Por tanto, la celosa munificencia del emperador embelleció, en primer lugar, este monumento con primorosas columnas y todo género de ornamentación como cabeza de todo el organismo, relumbrando la venerable cueva con 35 toda suerte de preciosos atavíos. Pasó, a continuación, al vastísimo espacio que se extendía al <aire> libre, y lo embelleció con una piedra brillante que pavimentaba todo el firme; largos corredores porticados lo circundaban por tres 36 1 lados⁸⁸. Al lado opuesto a la caverna, que mira hacia el levante, estaba unida la basílica, obra en verdad descomunal, que se proyectaba a una altura indefinible y se dilataba en anchura y longitud de manera inconmensurable. Revestían su interior lajas de diferentes clases de mármol; la cara exterior de los muros, decorada con piedras pulidas perfec-

tamente ajustadas entre sí por sus comisuras, exhibía tal grado de belleza que en modo alguno desmerecía frente al aspecto del mármol⁸⁹. Arriba, en la techumbre, la parte externa 2 estaba recubierta de plomo, abrigo infalible contra las lluvias invernales; por su lado interno, formábase el artesonado con placas de cuarterones cabalmente acoplados que se extendían como un imponente piélagos por toda la basílica mediante una continua e interconexa trabazón, y como todo él estaba revestido de esplendente oro, hacía que el templo todo resplandeciese como con rayos de luz.

A ambos lados y a todo lo largo del templo, discurría la 37 doble hilera de los pórticos acolumnados dispuestos en dos niveles de terreno, uno superior y otro inferior⁹⁰, estando sus techos también exornados con oro. Los pórticos que daban a la fachada de la basílica gravitaban sobre columnas gigantescas; los interiores elevábanse sobre pilastras cuyas superficies ostentaban una rica decoración⁹¹. Tres poternas bien orientadas al levante daban recibimiento al gentío que penetraba en su interior. En frente de éstas, cual epicentro 38 de todo el conjunto, hallábase el hemisferio⁹², colocado en el

extremo de la basílica; lo ceñían doce columnas, de cifra igual a los apóstoles del Salvador; tenían sus capiteles ornamentados con enormes cráteras de plata que el mismo emperador había donado a su Dios como ofrenda irreprochable.

39 Avanzando desde aquí hacia los accesos puestos frente al templo, otra amplia área se interponía⁹³. A ambos lados de ésta había exedras⁹⁴, a continuación, primero, un patio, después de éste, unos pórticos, y finalmente, las puertas del patio, más allá de las cuales, en medio mismo de la plaza⁹⁵, los propíleos que precedían a la entera fábrica, de exquisita factura, hacían a cuantos se encaminaban hacia afuera sencillamente sobrecogedor el espectáculo <de cuanto se había visto> en el interior⁹⁶.

40 Éste fue, pues, el templo que el emperador erigió como palmario testimonio de la resurrección del Salvador, haciéndolo espléndido en todos sus elementos con lujoso equipamiento de rey. Lo adornó con numerosísimos monumentos votivos de indescriptible belleza, a base de oro, plata y piedras preciosas de distintas clases. La particular manera

de llevarlo a cabo, tan artísticamente ejecutada, sea en atención a su enormidad, a su plural composición, o a su variedad decorativa, no nos es posible ahora describirla.

Cuando tuvo conocimiento de que otros lugares estaban allí ennoblecidos por contar con la presencia de dos cuevas místicas, los ornamentó también con opima largueza. A la cueva de la primera teofanía del Salvador, y donde se sometió a nacer en carne mortal, le tributó el honor que se merecía⁹⁷; con respecto a la de la ascensión al cielo, solemnizó el recuerdo de cuanto había acontecido en la cima⁹⁸. Honró estos lugares con el gusto de las cosas bellas, y con ello perennizó la memoria de su madre, que tanto bien hizo al género humano⁹⁹. Esta mujer había decidido rendir a Dios, rey universal, el proficuo servicio de un piadoso afecto, y pensó que debía, entre súplicas, dar las gracias por el hijo, tan magno emperador, y por los hijos de éste, los césares bienamados de Dios, sus vástagos. Con presteza juvenil llegó aquella prudentísima anciana para informarse, poniendo en ello excelsa diligencia, de aquella tierra digna de admiración, y para visitar con solicitud realmente imperial las provincias orientales, así como sus urbes y habitantes¹⁰⁰. Después de rendir la debida adoración al suelo hollado por el Salvador, de conformidad con la palabra profética que reza: «postrémonos ante el lugar donde estuvieron sus pies»¹⁰¹,

en seguida dejó a las generaciones venideras el fruto de su singular religiosidad.

- 43 1 Inmediatamente hizo consagrar dos templos al Dios ante quien se había prosternado, uno junto a la cueva del Nacimiento, el otro sobre el monte de la Ascensión. Efectivamente, el Dios que está con nosotros, por nosotros sobrellevó el someterse al nacimiento, y el lugar de nacimiento en carne
- 2 mortal recibía el nombre entre los hebreos de Belén. Por esta razón, la piísima emperatriz embelleció con admirables monumentos el lugar donde dio a luz la madre de Dios, engalanando con todos los medios a su alcance la sagrada cueva que allí había. Poco tiempo después, también el emperador hizo honor a ese lugar del nacimiento con oblaiones imperiales, acrecentando la magnánima liberalidad de su madre con objetos de oro y plata, así como con velos de
- 3 polícromo recamado ¹⁰². No sólo eso: la madre del emperador ensalzó con edificaciones sublimes el recuerdo del ascenso a los cielos del Salvador del universo, sobre el monte de los Olivos, erigiendo arriba en la cumbre, junto a la misma cima del monte, el sacro recinto de una iglesia. También allí fundó un oratorio en honor del Salvador que en ese lugar se detuvo, toda vez que un relato fidedigno ¹⁰³ sostiene que en ese lugar, en la misma cueva del Salvador del universo,
- 4 inició a sus discípulos en los arcanos misterios ¹⁰⁴. Igualmente

enalteció el emperador ahí mismo al rey universal con toda suerte de acicaladas ofrendas.

Ahí están, pues, las dos venerables y magníficas iglesias, dignas de perpetua memoria, que la augusta Helena, madre religiosísima de un religiosísimo emperador, fundó como testimonio de su reverente sentimiento, en honor de Dios su salvador, sobre las dos místicas cuevas, cooperando su hijo con el subsidio de su poder imperial. No tardó la anciana en 5 recoger su merecido fruto: una vez recorrido con felicidad colmada todo el arco de su vida «hasta el umbral mismo de la vejez»¹⁰⁵, después de haber repartido de palabra y obra las bien floridas simientes de los preceptos redentores, y después, cuando ya había consumado una vida así, en sosiego e indolora, disponiendo todavía de todo el vigor del cuerpo y del alma, halló, por todo esto, un final digno de su piedad, y la recompensa justa, incluso en el mismo decurso de su vida.

Porque, efectivamente, al tiempo que recorría todo el Oriente con el boato de la autoridad imperial, mil dones repartió a los habitantes de cada ciudad en su conjunto, o individualmente a todo el que se le acercaba; mil dones distribuyó con liberal mano a los contingentes militares¹⁰⁶; incontable es cuanto dio a los pobres, desnudos y abandonados, a unos haciendo entrega de cantidades de dinero, a otros proveyendo abundantemente para el abrigo de sus cuerpos; libertó a no pocos oprimidos por los padecimientos de las cárceles y de las minas, rescató a otros sometidos al

abuso de la prepotencia, y hubo quien fue traído del destierro.

45 ... En posesión de una gran nombradía por tales obras, no descuidó por ello la otra piedad, la que se debe a Dios: dejábase ver por todos yendo asiduamente a la iglesia, y ornaba con espléndidos objetos las casas de oración, sin jamás pasar por alto los templos de las ciudades más pequeñas. En suma, podía verse a aquella dama admirable mezclarse con la multitud en grave y severa indumentaria, y hacer patente su fe en Dios mediante cualquier acción piadosa a su alcance.

46 1 Cuando, tras haber llenado un espacio de vida bastante largo, fue llamada a una mejor suerte, a la edad aproximadamente de ochenta años, estando ya justo al límite, otorgó su última voluntad declarando por testamento herederos a su hijo unigénito, único emperador y señor del universo, así como a los césares, hijos de éste y nietos suyos, distribuyendo entre cada uno de ellos las propiedades personales que poseía
2 repartidas por todo el imperio. No bien hubo testado de esta manera, clausuró el final de su vida ¹⁰⁷, estando presente y a su lado el noble hijo que la asistía y la cogía de las manos; de modo que, si bien se piensa, a uno podía razonablemente parecer que aquella tres veces bienaventurada no murió, antes bien experimentó en toda la acepción del término el

cambio y la transmigración de la vida terrenal a la celeste. Pues es lo cierto que los elementos primigenios de su alma veníanse a transformar en la esencia incorruptible y angélica, y era acogida por su Salvador ¹⁰⁸.

No fueron triviales, precisamente, los honores que se le 1 47
tributaron al cadáver de la bendita dama, pues dignificado por un numerosísimo cortejo de lanceros, fue transportado a la ciudad imperial y allí depositado en real mausoleo ¹⁰⁹. Así murió la madre del emperador, una mujer merecedora 2
de imborrable recuerdo ya por la piedad de sus obras como por el hijo que engendró, egregio y fuera de lo común, al cual es justo proclamar bienaventurado, entre todos los motivos, por su pleitesía hacia quien le dio el ser: con su influencia hizo, a quien antes no lo era, una creyente en Dios tan fiel, que parecía haber sido desde el principio directamente instruida por nuestro común salvador, y la agasajó con tan mayestáticas prerrogativas, que en todas las provincias y hasta por las mismas tropas fue proclamada augusta y emperatriz ¹¹⁰, y fue acuñada su efigie en monedas de oro ¹¹¹. Le 3

había concedido el poder de disponer del tesoro imperial para usarlo a elección y administrarlo a su arbitrio, como quisiera y en la medida en que estimara que cada cosa debía tratarse, que también en esta materia fue hecha por su hijo ínclita y envidiable. Por ello, entre aquellas sus cualidades que intervienen en la perpetuación de su recuerdo, no sin razón nos hemos fijado en ésta, la de rendir obediencia a los mandatos divinos que preceptúan la debida honra hacia los padres, traducida en una tan filial obsequiosidad para con su madre, que sobrepasa cualquier medida ¹¹².

- 4 Ésta es, pues, la manera con que el emperador realizó en la provincia palestina las notables obras que se han descrito, y al erigir, en las restantes, más iglesias de nueva planta, las
48 1 ennoblecó en una escala más imponente que la anterior. Sí, resuelto a distinguir con singular prez la ciudad que lleva su

112. *De la vida de Constantino el Grande*, libro 1, capítulo 38.

nombre ¹¹³, la hermoseó con muchísimos oratorios, con grandiosos santuarios dedicados a los mártires, y otras edificaciones soberbias, no sólo en los suburbios, sino en el centro de la ciudad; con estas obras enaltecía la memoria de los mártires, al mismo tiempo que consagraba su ciudad al Dios de esos mártires. Impregnado por completo de sabiduría ² divina, consideró justo purgar de toda idolatría aquella ciudad que por decisión suya sobresaldría llevando su propio nombre, de modo que en ningún lugar de ella hubiera rastro alguno de estatuas de los pretendidos dioses que solían ser objeto de culto en los templos, ni altares ensuciados con impuros regueros de sangre, ni víctimas devoradas por el fuego, ni festividades demoníacas, ni ninguna otra cosa a la que pudiera estar acostumbrada la gente supersticiosa ¹¹⁴.

En unas fuentes que hay colocadas en <medio> del ágora habrías podido contemplar las imágenes del buen pastor ¹¹⁵, bien conocidas por aquellos que recorren las sagradas escrituras, y la efigie de Daniel con los leones ¹¹⁶, fundida en bronce y reluciendo por las planchas de oro. Era enorme el amor a Dios que había hecho presa del alma del emperador, y por ello, en la misma mansión imperial, en la 49

sala más importante de todas, justo en medio de una enorme tabla que se hallaba emplazada en el mismo centro del dorado artesonado del techo, mandó grabar el símbolo de la salvífica Pasión, integrado por variadísimas y riquísimas gemas, y elaborado con profusión de oro. Es opinión que esto lo mandó fabricar el piadoso emperador como talismán tutelar del imperio ¹¹⁷.

- 50 1 Con estos inmuebles embelleció su ciudad ¹¹⁸. De modo similar, honró la capital de Bitinia ¹¹⁹ con la dedicación de una grandiosa y magnífica iglesia, y de su propio peculio levantó allí mismo en honor a quien lo salvó monumentos que recordaran los triunfos contra los sacrílegos enemigos.
- 2 Y consiguió también que las ciudades de mayor rango de las otras provincias descollaran por la bella monumentalidad de sus oratorios, como, por ejemplo, la metrópoli anatolia ¹²⁰

que recibió el nombre de Antíoco. En esta ciudad, como si fuese la capital de las provincias del entorno, consagró un tipo de iglesia único por su tamaño y primor: en su parte exterior todo el templo está abrazado por un gran circuito; por dentro, se yergue el oratorio, construido de forma octogonal, a una altura inimaginable; en derredor, y por todas partes, hállase circunvalado de cubículos, dispuestos unos en un plano inferior y otros en un plano superior. Adornó todo el conjunto con derroche de oro y bronce, así como con otros materiales de sobrado precio.

Éstos eran los monumentos de tan inhabitual donosura | 51
que hizo consagrar. <Empero> cuando se enteró de que el mismo y único Salvador, que no hacía mucho se había revelado a la vida visible, ya mucho tiempo atrás había mostrado su divinidad a ciertos varones de Palestina, seres amantísimos de Dios, junto a la encina que se llama Mambré¹²¹, dictó la orden de que allí mismo se irguiera un oratorio en honor del Dios que se había allí dejado ver. En 2
consecuencia, se hizo llegar la imperativa voluntad real a los gobernadores provinciales mediante el despacho de misivas a cada uno nominalmente, disponiendo que lo ordenado se llevase a buen término. También a nosotros que escribimos este relato nos dirigió una instrucción llena de sapiencia, copia de la cual me parece oportuno insertar aquí, en este punto del discurso, para cerciorarse de modo más exacto de la solicitud del religioso emperador. He aquí lo que textualmente nos escribió, a la par que expresaba su desagrado por los hechos que, según se había informado, se venían realizando en aquel paraje.

El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Macario, y demás obispos de Palestina ¹²²:

Singular e impagable ha sido el beneficio que mi piísima suegra ¹²³ nos ha rendido al poner en nuestro conocimiento, mediante carta a nosotros enviada, la aberración de unos hombres sacrílegos, que hasta ahora se ha mantenido inadvertida entre vosotros, de manera que esa indisciplinada conducta delictiva va a recibir de nuestra parte, verdad es que con retraso, pero ineluctablemente, la atención y la enmienda adecuadas. Pues es a todas luces un sacrilegio monstruoso que gente impura manche los lugares santos. ¿Y qué es, amadísimos hermanos, eso que escapó a vuestra perspicacia y, sin embargo, la mujer de que os he hablado no pudo silenciar, en razón de su solicitud hacia la divinidad? Me asegura ella que el lugar junto a la encina que se llama Mambré, en el que se nos ha enseñado que Abrahán habitó, está siendo manchado con toda suerte de desmanes por gentes dadas a la superstición. Nos ha informado claramente que junto a la encina reciben asiento ídolos que no merecen sino la instantánea aniquilación, y que cerca se levanta un ara sobre la que se suceden sin interrupción impuras inmolaciones. Ahora bien, dado que esas prácticas nos parecen en abierta contradicción con nuestra época, e impropias de la santidad del lugar, quiero que vuestra

reverencia sepa que Acacio¹²⁴, el ilustrísimo conde y amigo nuestro, ha recibido por escrito instrucciones de nosotros, para que, sin demora, todos cuantos ídolos se encuentren en el mencionado lugar sean pasto de las llamas, y el ara, reducida a cenizas desde los cimientos; y que, abreviando, no bien se haya hecho desaparecer de allí, de alto en bajo, todas las edificaciones de análoga especie, procure de la manera que sea y con todo esmero que la entera área circundante quede purificada; y que, después, según proyectéis vosotros, haga que se alce en el mismo lugar una basílica digna de la Iglesia Católica y Apostólica. A partir de entonces, incumbirá a vuestra inteligencia y celo religioso, no bien se os cerciore de que ha sido borrado de allí todo nefando vestigio, reuniros en un lugar con todos los obispos de la Fenicia —a quienes podréis convocar por autorización explícita de esta carta— y trazar el proyecto de una basílica acorde con mi magnificencia, a fin de que, a tenor de lo dispuesto, y con la máxima celeridad, pueda darse remate, mediando el providente celo de nuestro *comes* arriba mentado, a la obra esplendorosa que compagine con la vetustez y respetabilidad del lugar. De una cosa, antes que nada, quiero que estéis sobre alerta, que ninguno de aquellos sacrílegos y nefarios individuos ose en el futuro aproximarse al lugar. Es que es para nosotros francamente insoportable, y para los que a ello se aventuran digna de castigo, la eventualidad de que, tras nuestra prohibición, se realice algo impío en semejante ámbito, que hemos ordenado decorar y purificar con la edificación de una basílica, con la intención de que se convierta en un señalado lugar de reunión de hombres santos. Si aconteciese algo que

transgreda lo preceptuado, es preciso que sin vacilación alguna se dé parte a nuestra clemencia por vía de vuestras sinceras cartas, a fin de dictar orden de que el sorprendido en flagrante delito sufra la pena capital por haber quebrantado la ley. Pues no ignoráis que fue allí donde por primera vez se dejó ver a Abrahán y conversó con él el Dios soberano universal. Fue allí donde, por tanto, cobró origen por primera vez el culto de la santa ley, fue allí donde por primera vez el mismo Salvador en persona, en compañía de dos ángeles, regaló a Abrahán con su divinal presencia; allí comenzó Dios a manifestarse a los hombres; allí predijo a Abrahán sobre su venidera progenie, y al punto cumpliósese el pronóstico; allí profetizó que él sería padre de inúmeras gentes.

Y como esto sea así, es justo, a mi parecer, preservar con mi empeño ese lugar limpio de toda mancilla, y reclamarlo a su prístina santidad, de suerte que ninguna otra cosa en él se realice salvo el condigno culto a Dios omnipotente, salvador nuestro y señor universal. Cosa que estaría bien vigilarais con el debido cuidado, si, como estoy persuadido, es firme voluntad de vuestras reverencias satisfacer mis deseos, que están exclusivamente interesados en la adoración a Dios.

Que Dios os guarde, dilectos Hermanos.

54 1 Todo esto lo llevaba a cabo el emperador con todo ahínco, a honra del poder del Señor, y mientras por un lado no cesaba de ensalzar constantemente a Dios, su salvador, como se ha descrito, por otro, se servía de todos los medios a su alcance para refutar el supersticioso desvarío de los gentiles. De ahí que, con razón, les fueran expoliados los vestíbulos de sus templos por las ciudades, tras haberles quitado las puertas por orden imperial; a unos, arrancadas las tejas, derruíaseles el vigamen de la techumbre, mientras

las veneradas obras de bronce que pertenecían a otros templos, y de las que por luengos años se jactó el inveterado yerro de los antiguos, hallábanse expuestas en todas las plazas de la ciudad del emperador, así que, para afrentoso ludibrio de los que lo veían, aquí estaba instalado un Pitio, allí un Esminteo; en el hipódromo se colocaron los trípodas de Delfos, y en el palacio, las musas del Helicón ¹²⁵. Toda la 3 ciudad que lleva el nombre del emperador hallábase atestada de obras de arte bellamente forjadas en bronce a lo largo de las distintas provincias, a las cuales, y como si fueran dioses, aquellos hombres afectados de obcecación ofrecieron, por largas eras, incontables hecatombes, holocaustos y sacrificios, llegando a entrar en razón tarde, precisamente cuando el emperador comenzó a usarlas como un juego que movía a risa y diversión a los que las veían. Con las estatuas de oro procedió de otro modo. Cuando vio que aquellos espantajos 4 del error moldeados en oro y plata tenían ridículamente aterrorizadas a las multitudes, como si fueran tontos juvenuelos, pensó que también a éstos había que quitárselos de en medio, como se hace con los trozos de piedra que se han tirado en la obscuridad a los pies de los transeúntes, y dejar así a todos expedita la vía imperial, llana y sin obstáculos. Al concebir este propósito, no creyó necesario recurrir a 5 hoplitas o a masivos contingentes bélicos para su supresión;

al contrario, sólo dos personas de entre sus íntimos le bastaron para el servicio, y con un sólo gesto les mandó visitar 6 provincia por provincia ¹²⁶. Ellos, confiando en la religiosidad imperial y en su propio temor de Dios, recorrieron todas las ciudades y países entre innumerables multitudes, haciéndoles ver el fraude que fundamenta el inveterado error pagano, y exhortaban a que fuesen los mismos adeptos quienes, en medio de la risa y escarnio generales, sacaran sus dioses de los oscuros antros a la luz, tras haberlos despojado de su apariencia externa y mostrado a los ojos de todos la interna deformidad de su maquillada forma. Posteriormente, una vez desmantelado el material que parecía aprovechable, y comprobado así su valor fundiéndolo al fuego, se reservaban todo lo que de precio pensaban iban a necesitar, poniéndolo en un lugar seguro; el resto, inútil y superfluo, se lo dejaban a los inmersos en la superstición, como perpetuo recuerdo de su oprobio. «Así es lo que hizo» ¹²⁷ el admirable emperador: 7 mientras se les expoliaba a los caducos dioses el material de precio del modo descrito, él la emprende férvidamente con las otras estatuas, las fabricadas en bronce. Y se hacía

¹²⁶ Véase el capítulo 15, párrafo 1. Véase también el capítulo 16, párrafo 1.

¹²⁷ Véase el capítulo 15, párrafo 1. Véase también el capítulo 16, párrafo 1.

transportar a aquellos dioses de las decrepitas fabulaciones míticas, como cautivos, amarrados con cuerdas ¹²⁸.

Además de todo esto, el emperador, cómo si hubiera encendido una antorcha de gran irradiación, todo lo escudriñaba con imperial ojo avizor, no fuera que en algún sitio se celara un residuo oculto del error. Y como el águila, de visión agudísima y sublime vuelo, ve desde las supremas alturas lo que a remotísima distancia está bajo tierra, no de otro modo el emperador, que por entonces se atareaba con el palacio imperial de su bellísima ciudad, vio, como desde una atalaya, una trampa para las almas, que se recataba en la Fenicia ¹²⁹. Constaba de un bosque y un templo, pero no era como los que están en medio de las ciudades, o en las ágoras y las plazas, como es, por lo general, el caso, con fines de ornamentación urbanística; éste situábase a trasmano, lejos de las encrucijadas y vías transitadas, y estaba construido en honor de la vergonzosa diosa Afrodita, sobre la cima del monte Líbano, en Afaca. Realmente, constituía una escuela de perversión para todos los disolutos que habían depravado su cuerpo con la licencia desenfrenada. Efectivamente, hombres afeminados, que no hombres a secas, renunciando a la venerable dignidad de su sexo, buscaban propiciarse a la diosa con un patológico comportamiento de hembras; en este templo se acometían ilegítimos comercios con mujeres,

amoríos fraudulentos, liviandades, actos nefandos y denigrantes, como sucede en un lugar horro de ley y <en desgo-
bierno>. Nadie pudo hurtar lo que allí se hacía, por la sencilla razón de que ningún hombre hecho y derecho se
4 aventuraba a merodear por allí. Pero lo que allí se perpetraba no pudo mantenerse oculto al gran emperador, quien viéndolo por sí mismo, con peculiar espíritu atento, pensó que un templo así no se merecía los rayos del sol, y dicta la orden de que todo él, con sus objetos de culto, fuera arrasado desde
5 los cimientos. Inmediatamente, a un gesto del emperador, vínose abajo toda la tramoya del licencioso desvarío, y la mano del poder militar se hizo instrumento de la purga del lugar. Fue entonces, ante la amenaza del emperador, cuando aprendieron a entrar en sus cabales los que hasta ahora vivían en la crápula, y lo mismo les pasó a los supersticiosos helenizantes que se creían tan sabios, pues también ellos experimentaron la prueba concreta de su vanidad.

56 1 Como también era grande el desvarío de los fementidos sabios en relación con el demonio de los cilicios¹³⁰, siendo miles en efecto los que se dejaban subyugar bajo su poderío, como si fuera un redentor y un médico, pues unas veces se les aparecía cuando dormían, otras curaba las enfermedades de los que sufrían en su cuerpo (mal que les pese, no era otra cosa que un destructor de las almas, pues impulsaba a los propensos al engaño hacia el impío desvarío, substrayéndolos del verdadero salvador), el emperador, poniendo en práctica lo que era de razón, y proponiendo al «dios celoso»¹³¹ como auténtico salvador, ordenó asolar también este templo, hasta

dejarlo a ras del suelo. A un gesto suyo hundióse bajo tierra, 2
arrasado por mano militar, aquella maravilla celebrada por
los nobles filósofos y lo que allí dentro se cobijaba, no un
demonio, ni un dios, sino una pura superchería que, por
largo e incalculable tiempo, había embaucado a las almas.
En esta circunstancia, el que prometía que iba a liberar a
otros de los males y del infortunio, ningún remedio halló
para protegerse a sí mismo, en no mayor medida que cuando,
según reza en la fábula, fue alcanzado por el rayo ¹³². Pero 3
las hazañas de nuestro emperador, gratas a Dios, no se
apoyaban en fábulas; en virtud del visible poder del mismo
salvador, el templo que allí se hallaba también fue demolido
de raíz, de suerte que en el lugar no sobrevivió ni huella de
la antigua locura ¹³³.

Todos los que habían vivido en la superstición, cuando 1 57
vieron con sus propios ojos que el error había sido confutado,
y que sus templos y estatuas realmente estaban arruinados,
una parte de ellos se refugió en el verbo salvífico ¹³⁴, otros,
aunque no dieron este paso, denunciaron agriamente la
estupidez de sus ancestros, y tomaron a risa y befa a los

2 dioses en los que antes creían. Pues, ¿cómo no iban a pensar así, si estaban viendo la enorme basura que se escondía en el interior, bajo el fantástico aspecto exterior de las imágenes? Bajo la superficie no había sino huesos de cadáveres y cráneos descarnados (engañosamente aderezados) por las manipulaciones de los magos, o sórdida trapacería repleta
3 de abominable inmundicia o un montón de heno y paja. Al ver todo lo que atiborraba el interior de aquel amasijo exánime, se reprocharon a sí mismos y a sus padres la inmensa necedad de sus especulaciones, sobre todo cuando se percataron de que dentro de sus antros impenetrables, así como de sus estatuas, no habitaba ningún demonio, ningún vate, ningún dios, ningún adivino, como antes suponían; es
4 que ni siquiera el vago perfil de un hosco espectro. Por ello, todo lóbrego antro y toda cueva vedada se abrió prontamente a los emisarios del emperador, y lo más recóndito de los templos, que antes era infranqueable e inaccesible, se allanaba ahora por los pasos de los soldados, de modo que, a raíz de aquello, a todo el mundo le pareció de una flameante claridad la ofuscación mental que de tiempo tan inmemorial había señoreado a todos los paganos.

58 1 Todos estos hechos pueden plausiblemente contarse entre los éxitos del emperador, así como las disposiciones que se publicaron para cada provincia en particular. Es el caso de la emanada sobre Heliópolis de Fenicia, donde anteriormente aquellos que cultivaban los placeres lúbricos bajo la advocación de Afrodita permitían a sus esposas e hijas prostituirse
2 sin ningún freno. Ahora, en cambio, está en vigor una ley reciente y discreta, dictada por el emperador, que prohíbe aventurarse en antiguos usos; una vez más, a estas disposiciones acompañaban diversas reflexiones escritas, como si se sintiera impulsado por Dios a ese cometido: aleccionar a

todos los hombres en los principios de la cordura¹³⁵. Por esta razón, no desdeñó el dirigirse a los de Heliópolis con una carta personal y los animó a que se apresuraran en alcanzar el conocimiento de Dios. También allí las obras se 3 hermanaron con las palabras, pues en Heliópolis mandó fundar un santuario de vastísimas proporciones, de modo que hacíase ahora por primera vez realidad algo nunca oído desde los orígenes, a saber, que una ciudad poblada por entero de supersticiosos recibiera el honroso privilegio de una iglesia, juntamente con sus presbíteros y diáconos, al tiempo que se establecía sobre ellos la sede de un obispo consagrado al servicio de Dios omnipotente. Aquí también 4 se esforzó el emperador para que se acercara a la doctrina el mayor número de personas, por lo que proveyó de abundantes recursos que auxiliaran a los pobres; con ello estimulaba su prisa por aproximarse a la salutífera doctrina, pudiendo decir casi también él lo que aquel otro afirmara: «o con pretextos, o con verdad, sea Cristo anunciado»¹³⁶.

En medio, sin embargo, de la felicidad generalizada, y 1 59 estando la iglesia de Dios tomando por doquier pleno auge de las maneras más diversas y por todas las provincias, otra vez la envidia, que no deja de acechar a la gente buena, comenzó a dificultar la prosperidad de bienes tan dichosos, quizás con la esperanza de que el mismo emperador mudara

su talante hacia nosotros, harto de nuestros tumultos y
2 desórdenes¹³⁷. Encendió, pues, la envidia una gigantesca
tea, e hizo que la iglesia de Antioquía quedara transida de
trágicas calamidades, faltando poco para que la entera urbe
se viera conmovida desde los cimientos. Los fieles de la
Iglesia se escindieron en dos facciones; simultáneamente, la
ciudadanía se rebeló contra los magistrados y las fuerzas de
la milicia, en un sesgo verdaderamente bélico, y se habría
echado mano a las espadas si la divina providencia y el
temor al emperador no hubieran sofrenado los ardorosos

ímpetus de las masas. Una vez más el paciente espíritu del 3
emperador, a la manera del Salvador, o como un médico de
las almas, aplicó el remedio de sus palabras a las víctimas de
aquel morbo.

Con un ánimo de lo más conciliador, despachó una
embajada a aquellas gentes, eligiendo para la misión al más
fiel de entre los que están dignificados con el título de
*comes*¹³⁸. Los instó con cartas a que fomentaran entre sí
pensamientos de paz, y los instruía para que actuaran como
correspondía a su fe, buscaba convencerlos y los excusaba
en las cartas que les escribió, basado en que había escuchado
directa y presencialmente al causante del disturbio¹³⁹. Yo 4
podría, por mi parte, agregar esas cartas tuyas, plenas de
utilidad y de no fútil doctrina, a este discurso, si con tal
aporte de datos no quedarán malparados los implicados en
el caso¹⁴⁰. Ésta es la razón por la que las omitiré aquí, 5
decidido a no recrudecer el recuerdo de pasadas desgracias.
Pero voy a introducir en esta exposición sólo las que aquél
redactó con la mira puesta en la paz y en la unidad. Por
medio de ellas los exhortó a que, de ningún modo, preten-
dieran apropiarse del foráneo mandatario por cuyo concurso
habían hecho las paces¹⁴¹, antes bien escogieran por pastor,

a tenor de la ley eclesiástica, a quien fuera designado por nuestro común y universal salvador. Lo que aquí abajo consignamos es lo que por separado escribió al pueblo mismo y a los obispos.

60 1 El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, al pueblo de Antioquía ¹⁴².

2 ¡Qué grata resulta a los hombres prudentes y sabios de este mundo vuestra concordia! Por mi parte, hermanos, estoy determinado a amaros con el más impecadero afecto, fascinado por vuestra ley, vuestro régimen de vida y vuestros esforzados propósitos. Desde luego, es del todo cierto que el haber usado de un recto y sano entendimiento fructifica rectamente en beneficios. ¿Qué cosa entonces podría cuadrar más con vuestras personas? Me sorprendería, por tanto, si yo dijera que, para vosotros, la verdad es causa más de salvación que de odio. Y es que entre hermanos, a quienes la única y misma disposición para recorrer el <camino> de la rectitud y de la justicia que conduce a Dios promete expresamente ser consignados en el

hogar de la santidad y de la pureza, ¿qué cosa más honrosa podría haber que estar felizmente de acuerdo con la prosperidad general? Sobre todo en un momento en que las enseñanzas de la ley divina conducen vuestro propósito por el mejor de los rumbos, siendo nuestro deseo reafirmar vuestro juicio con buenos decretos. Quizás os parezca raro y os estéis preguntando a qué ³ viene este exordio de mi discurso. No voy a hacerme de rogar, ni me voy a negar a exponer la razón. Confieso haber leído los documentos en los que he podido comprobar que vosotros, en medio de brillantes y elogiosos testimonios de estimación hacia Eusebio, actual obispo de Cesarea, y al que (ciertamente) conozco bien desde hace mucho tiempo por su cultura y perspicuidad, insistíais obstinadamente en apropiároslo. ¿En qué creéis que he reflexionado cuando me urgía ⁴ a mí mismo a ir escrupulosamente en pos de la justicia, qué suerte de preocupaciones pensáis que a partir de vuestros intentos me han asaltado? ¡Oh fe sacrosanta, que mediante la palabra y doctrina de nuestro salvador nos presentas como imagen de la vida cuán arduamente tú misma también habrías hecho frente al pecado si no te hubieras negado al ministerio con miras interesadas! Soy de los que piensan que el que más se esfuerza por la paz es superior a la misma victoria, pues cuando uno tiene a su alcance lo que es conveniente no se encontraría a nadie que no sintiera deleite. Y yo entonces me pregunto: hermanos, ¿por qué razón ⁵ tomamos decisiones por las que infligimos una ofensa a los demás, precisamente con aquello que elegimos? ¿Por qué razón nos afanamos con todo aquello que va a destruir el crédito de nuestra reputación? Mi ovación, desde luego, para el hombre ¹⁴³ al que también vosotros juzgáis digno de honor y afecto; no es necesario, sin

embargo, invalidar lo que de firmemente válido debe cada uno perentoriamente retener, hasta el extremo de que nadie se sienta a gusto con sus propias opiniones, nadie disfrute de lo que posee, y en la pesquisa para hallar aspirantes que compitan con ese hombre brillen por su ausencia no uno solamente, sino un plantel más nutrido de candidatos. Por ello, ni el desconcierto ni el resentimiento áspero han de causar ya más molestias, si se da por sentado que <los> rangos eclesiásticos son semejantes, y estimados en pie de igualdad por todos. Carece pues de sentido que la búsqueda de candidatos para la sede redunde en ofensa hacia otros, toda vez que el espíritu de las personas, sean aparentemente superiores o inferiores, es por igual depositario y guardián de los divinos preceptos, de manera que, en relación con el común patrimonio de la ley, en nada son los unos inferiores a los otros. A fuer de sinceros, si abrimos de par en par la verdad, uno podría decir que aquí no va a darse la retención, sino el desarraigo del hombre en cuestión, y que lo acontecido no va a ser obra de la justicia, sino de la coacción, sea cual sea lo que la gente piense al respecto; así que yo, por mi parte, clara y tajantemente afirmo que este asunto es motivo de inculpación, por cuanto que está suscitando un disturbio de no poca monta. Hasta los corderos enseñan el poder natural de sus dientes cuando se ven privados del género de vida que llevaban, al ir paulatinamente empeorando los habituales cuidados del pastor. Si esto es así y no nos equivocamos, antes de nada, hermanos, considerad esto (pues desde el principio van a seguirse grandes y numerosos beneficios), si antes que cualquier cosa ha sido la estima y el afecto mutuos lo que se percibe que ha sufrido algún detrimento; mirad después que él¹⁴⁴, que ha

venido en razón de su desinteresado criterio, coseche de parte del juicio divino el reconocimiento que se merece, pues no es parvo el favor que él ha obtenido al haber vosotros concentrado en su persona votos tan abrumadoramente aprobatorios de sus cualificaciones. Finalmente, y es algo que concierne a vuestra cotidiana solicitud, aplicaos con celo a la búsqueda del hombre que necesitáis, haciendo uso de buen criterio, y cerrándoos a todo vocerío sedicioso y destemplado. Pues ése es siempre injusto, y de la <colisión> de los contrarios suelen producirse chispas y llamaradas. Como resultado, yo sería del beneplácito de Dios y de vosotros, y viviría de acuerdo con vuestras súplicas en la misma medida en que os amo a vosotros y a ese puerto, que es vuestra mansedumbre. Cuando hayáis arrojado de ese puerto aquella inmundicia ¹⁴⁵, introducid en su lugar, con buen talante, la concordia, hincando bien firme la enseña de la cruz, y recorriendo el celestial derrotero rumbo a la luz, a golpe de un timón, alguien podría decir que de hierro. Por tanto, conducid la <incorruptible> carga ¹⁴⁶, que todo lo que podría dañar a la nave ya ha sido drenado, como quien dice, desde la sentina ¹⁴⁷. Procurad ahora, en conclusión, sea el gozo de todos los bienes en una forma tal que no volvamos a dar una segunda muestra de decidir algo genérico o de iniciar un impropio camino por la vía de una atolondrada y baldía aplicación de celo.

Dios os guarde, dilectos hermanos.

61 1 El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Eusebio ¹⁴⁸.

2 He leído con sumo agrado la carta que tu inteligencia ha redactado, así como también he tomado nota de que el canon de la doctrina eclesiástica ha sido escrupulosamente respetado ¹⁴⁹. Por tanto, atente a los principios que son evidentemente gratos a Dios y en consonancia con la tradición apostólica. Considérate también feliz por el hecho de que, por así decir, hayas sido juzgado digno de ser obispo de toda la Iglesia, a juicio de todo el mundo. Pues si todos anhelan retenerte a su lado, sin discusión alguna no hacen sino incrementar tu felicidad. Es más, tu inteligencia ha sabido salvaguardar tanto los preceptos divinos como la regla apostólica y <la> de la Iglesia, y ha hecho pero que muy bien en declinar el episcopado de la iglesia de Antioquía, interesándose porfiadamente en permanecer en aquel obispado al que desde el principio fue asignado por decisión divina. A este propósito he escrito una carta a los fieles de Antioquía y a los demás compañeros tuyos en el ministerio episcopal, quienes, por su parte, resulta que también ellos me han escrito sobre asuntos que fácilmente podrá conocer tu santidad, si lo quiere leer; yo les he escrito a moción de la voluntad divina, y porque la misma justicia reclamaba oponerse a sus pretensiones. Menester será que tu inteligencia esté presente en sus deliberaciones, para que sobre la iglesia de Antioquía cobre cuño aquello que se consi-

dere lo más decoroso para Dios mismo y para la Iglesia.

Dios te guarde, dilecto hermano.

El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Teó- 1 62
doto, Teodoro, Narciso, Aecio, Alfeo y a los demás
obispos que están en Antioquía¹⁵⁰.

He leído las cartas de vuestra inteligencia y me he
hecho cargo de la prudente propuesta de Eusebio, del
mismo orden episcopal que vosotros, estando ya al
tanto, como estoy, de todo lo acontecido, sea por
vuestras cartas, sea por las de los ilustrísimos condes
Acacio y Estratego¹⁵¹, y tras haber acometido un exi-
gente examen, he escrito a Antioquía aquello que es
grato a Dios y acorde con la Iglesia, y he ordenado
adjuntar al pie de esta carta una copia de aquélla, con
el fin de que también vosotros conozcáis lo que he
decidido comunicar al pueblo de Antioquía, al haber
sido invitado para hacer un dictamen en justicia; pues
ése era el contenido de vuestras cartas, que, de acuerdo
con la elección dictada por el juicio y voluntad del
pueblo, no menos que por los vuestros, Eusebio, san-
tísimo prelado de la iglesia de Cesarea, accediese a la
sede de Antioquía y empleara allí sus desvelos por
ella. Fue la carta de Eusebio la que, adecuándose con 2
gestos sobremanera inequívoco a la legislación ecle-

siástica, introdujo la interpretación opuesta, a saber, que bajo ningún concepto dejaría él la Iglesia confiada por Dios a sus manos. Ha parecido, pues, pertinente que propuesta tan justa y que debe ser también por vosotros respetada, sea aún más ratificada, y que a aquél no se le desgaje de su iglesia propia.

3 Por otra parte, era preciso hacer patente a vuestra inteligencia mi propio modo de pensar. Me ha llegado noticia de que el presbítero Eufronio, ciudadano de Cesarea de Capadocia, y Jorge Aretusio, igualmente presbítero y al que Alejandro consagró en este orden en Alejandría, son hombres famosos por su fe. No vendría mal atraer la atención de vuestra inteligencia sobre estos personajes que recomendamos y sobre otros que consideréis merecedores de la dignidad episcopal, definiendo con exquisitez aquello que resulte acorde con la tradición apostólica. Pues si se tratan estos asuntos de modo bien conciliador, vuestra inteligencia podrá, a tenor de la norma eclesiástica y la tradición apostólica, dirigir la elevación por votación, tal y como postula la norma de la disciplina eclesiástica.

Dios os guarde, dilectos hermanos.

63 1 Así, con este tipo de disposiciones a los jefes de las iglesias, era como el emperador incitaba a realizarlo todo a la gloria del Verbo Divino. Cuando, tras desembarazarse de todas las disidencias, hubo puesto en concertada regla a la Iglesia, otra fue la laya de sacrílegos individuos, que creyó forzoso extirpar, cual ponzoña pestilente del género humano¹⁵². Esos tales constituían un espécimen pernicioso, que so capa de piedad, arruinaban las ciudades. Así vaticinaba en algún lugar la palabra salvífica, llamándolos falsos profetas

o lobos rapaces: «Guardaos de los falsos profetas, que se os acercarán con ropaje de corderos, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis»¹⁵³. Un bando enviado a los gobernadores de las provincias repelió a semejante ralea; junto a la ley¹⁵⁴ escribióles también una vivificante admonición, animando a que esos hombres tornaran urgentemente sus pasos al arrepentimiento; pues la Iglesia de Dios, iba a ser para ellos un puerto de salvación. Escucha de qué manera se dirigió a ellos a través de la carta que les envió.

El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a los herejes¹⁵⁵:

Reconoced ahora, por medio de esta disposición de

ley, oh novacianos ¹⁵⁶, valentinianos ¹⁵⁷, marcionitas ¹⁵⁸, paulinitas ¹⁵⁹, y los llamados catafrigos ¹⁶⁰, en suma, todos los que configuráis las herejías a tenor de vuestras particulares asambleas, reconoced, digo, en cuántas mentiras se ha enredado vuestra vanidad, y hasta qué punto hállase vuestra doctrina infectada de perniciosas ponzoñas, de manera que por vuestra culpa se tuercen los sanos hacia la enfermedad, y los que viven hacia la muerte eterna. ¡Oh hueste refractaria a la verdad, enemiga de la vida, y asesora de perdición! Todo lo que hay entre vosotros es contrario a la verdad, todo se confabula con torpes perversidades, todo resulta útil a absurdas maquinaciones por cuyo intermedio aprestáis las patrañas, oprimís a inocentes, negáis la luz a los que creen. Viviendo siempre en pecado bajo la máscara de piadosos, todo lo contamináis, herís con mortíferos golpes las inocuas y puras conciencias,

y hasta la misma luz del día, por así decir, arrebatáis a los ojos de los hombres. Pero, ¿por qué bajar a detalles cuando ni la brevedad del tiempo ni nuestras ocupaciones permiten hablar adecuadamente de vuestras maldades? Pues son tan repugnantes y rebosan tanto desalmamiento, que no basta un día entero para comentarlas. Es más, conviene apartar los oídos y retirar los ojos de cosas como éstas para no manchar con una exposición pormenorizada el fresco y lozano fervor de nuestra fe. ¿Por qué entonces tenemos que tolerar por más tiempo tales bajezas? Sabido es que una larga tolerancia hace que aun los sanos se contagien como por efecto de un morbo deletéreo. ¿Por qué motivos no cortamos cuanto antes con expresiones públicas de reprobación las raíces, digámoslo así, de tamaña improbidad?

Pues bien, como ya no es posible soportar por más tiempo ese desbarajuste que nace de vuestra iniquidad, por la presente ley prohibimos que tenga cualquiera de vosotros en adelante la osadía de celebrar asambleas. Por ende, hemos ordenado que se requisen todos vuestros edificios en los que hacéis las asambleas, y hacemos llegar nuestra solicitud tan lejos que no solamente en público, pero ni en casa particular, ni en cualesquiera lugares de derecho privado, puedan llevarse a cabo los conciliábulos de vuestra supersticiosa demencia. Esto no empece algo que es cosa en verdad hermosa: todos los que estáis realmente interesados en la verdadera y pura religión, id a la Iglesia Católica y participad de su santidad, por cuyo medio también podréis haceros de la verdad. Manténgase por completo aparte de la felicidad de nuestra época el fraudulento error de vuestra pervertida mente, me refiero a la sacrílega y devastadora disensión propia de herejes y cismáticos. Pues casa perfectamente con nuestra prosperidad, cuyos beneficios disfrutamos por la gracia de Dios, esforzarse

por que los que viven con la esperanza en el bien pasen de una situación de engaño y confusión generalizada al camino recto; de las tinieblas, a la luz; de la vanidad, a la verdad; de la muerte, a la salvación.

3 Con el fin de hacer ineludible el imperio de esta provisión, hemos ordenado, como ya se ha dicho antes, que <todos> vuestros edificios congregacionales, de superstición, me refiero a los oratorios de todos los herejes, si es que nos es lícito llamarlos oratorios, sean requisados sin reclamación posible, y entregados a la Iglesia Católica sin ninguna tardanza; que los demás lugares sean confiscados para uso público, y que no se os deje ninguna facilidad para seguirs en adelante reuniendo, de manera que desde el día de hoy, en ningún lugar, público o privado, osen vuestras ilícitas asambleas reunirse.

Publíquese.

66 1 Fue así como, al dictado imperial, viéronse disueltos los cubiles de la heterodoxia y se ahuyentó a las fieras que allí se guarecían, entendámonos, los autores de la impiedad. En cuanto a los que se dejaron engañar por éstos, los hubo que se sometieron con fementida sinceridad a la Iglesia, por temor a la amenaza imperial, aprovechando falazmente la ocasión que se les brindaba, al prescribir, efectivamente, la ley que se requisaran los libros ¹⁶¹ de los susodichos hombres y se arrestara a los que se entregaban a malélicas prácticas vedadas, motivo por el cual todo lo hacían delusoriamente,

con la intención de procurarse la seguridad; otros hubo que, probablemente sin doblez, se refugiaron en una esperanza más fiable. Los prelados eclesiásticos procedieron al examen ² de cada caso con toda minuciosidad, y a los que intentaban arrimarse hipócritamente les cerraban el paso, rechazándolos lejos de la ley divina «como a lobos que se escondían bajo pieles de cordero» ¹⁶², pero a los que lo hacían con pureza de espíritu, los exploraban sin prisas, y tras una prueba exhaustiva, se les contaba en el grupo <de los> ingresados. Y así ³ se conducía con respecto a los infames heterodoxos. Por el contrario, a los que no habían introducido nada impío en la enseñanza de los dogmas, pero que por culpa de los cismáticos se habían distanciado de la comunión de los fieles, se los recibía sin vacilar ¹⁶³. Éstos en masa, como quien regresa del exilio, recuperaban su patria, y reconocían a su madre, la Iglesia, de la que, ausentes largo tiempo por haber vagado errantes, ahora, con exultante algazara, iniciaban hacia ella su retorno. Los miembros del comunal cuerpo recomponían la unidad y se ensamblaban entre sí con armonía singular. Sólo la divina Iglesia Católica resplandecía al verse a sí misma reintegrada, mientras en ningún sitio de la tierra quedaba cenáculo alguno de cismáticos ni herejes. Y la causa de este gran éxito sólo cabe endosársela al emperador, adeptísimo a Dios, caso único donde los haya.